

ANTONIO CABRERA

20 POEMAS
(Una selección)



2005

ELS PLECS DEL MAGNÀNIM

Colección dirigida por Ricardo Bellveser

97

© Antonio Cabrera, 2005

© De la presente edición:

Institució Alfons el Magnànim

Diputació de València, 2005

Corona, 36

46003 València

iam@alfonselmagnanim.com

www.alfonselmagnanim.com

Dibujo de Antonio Cabrera para la cubierta
y letra capitular de Juan Ramos

Depósito Legal: V-1306-2005
Imprenta Lluís Palacios, Sueca

El obstáculo

A Antoni Defez y Mavi Canyonàs

Reina una luz unánime que iguala
a todo ser, al darle a cada uno
su cantidad exacta de presencia:
aquí la arena tibia, allí la espuma;
más allá el horizonte
(un más allá imposible pero cierto);
a este lado las cañas, verticales,
como trazos sagrados;
y al fondo las colinas, abrasándose
de tanta claridad.

Al principio parece
que este esplendor del día lo confirma:
el que busca secretos no sabe ver las cosas;
nada está oculto; todo se explica en su contorno.

Y sin embargo, basta
con retornar, aun levemente, a la niebla pura
que son los pensamientos
para que tanta luz desafiante
abdique en la conciencia,
y cuanto era en los ojos bendita precisión
—flor que es flor, rosa suficiente y firme—
adquiera nuevo rostro, una máscara
que lo hace incompresible pero idéntico,
como un animal doble que segrega
su propia ocultación
y confunde su cuerpo con su cuerpo,
desdibuja los límites, las formas, las razones,
y acaba pareciéndose a sí mismo,

inmaculado y obvio.

Escucho palpar un corazón sombrío
bajo el radiante obstáculo de su piel clamorosa.

Poesía y verdad

A Carlos Marzal

En la naturaleza no hay nada melancólico,
aseguraba Coleridge.

He salido a mirar
entre las nubes mansas
una luz semejante a la luz triste
que escriben los poetas.
El resplandor solemne y repetido
del ocaso cubriendo el naranjal
es todo lo que había. Se ocultaba
el sol que tantas veces han descrito
los poemas que niegan lo que sostuvo Coleridge,
pero cuya silueta inofensiva y noble
he podido observar, y no era un apagado
cristal de pesadumbre.

Luego he puesto mis ojos
en algunas presencias más sencillas,
por si estuviera en ellas el hálito extinguido
que ensombrece las cosas esenciales
de la naturaleza, que les otorga un don
oscuro, una verdad umbrosa, ya cantada:
ni en la vegetación humilde, ni en los brazos
inmóviles del árbol,
ni en las piedras –que son el tiempo puro–,
ni en la casa ruिनosa donde anidan los pájaros,
he visto en su dominio
a la melancolía.

Así que he regresado adonde estaba,
persuadido, sereno, y a la vez

envuelto enteramente en la nueva ignorancia
que esta certeza teje, porque he visto
que nada es melancólico en la naturaleza
mientras no la pensamos.

Quien la contempla tiene,
acaso como Coleridge,
el sólo afán de ser testigo mudo
de su mudo fragor,
pero al considerarla,
al detener su luz,
se abre allí, sin remedio, en la conciencia,
la exhausta flor mental de la melancolía.

L'illa dels pensaments

(Cullera)

Un nombre fue lo que hasta allí me atrajo,
un nombre espléndido y solemne
que prometía la homérica luz a mis sentidos,
el aire,
la espuma de un hado feroz.
Y al mismo tiempo,
me proponía la idea perpetuamente concebida
de un hombre solo mirando el infinito.

Atrás dejé las urbanizaciones,
pisé la áspera hierba entre las piedras.
Ni una sólo fragancia vegetal,
nada terrestre, pudo entonces distraerme.
Llegado al borde
del alto acantilado, vi por fin la que llaman
illa dels pensaments,
una humilde porción de roca desgajada
que las olas habrán de disolver sin odio,
sólo eso.

Imaginé a las gaviotas –me pareció muy justo–
trazando sobre ella un jeroglífico con líneas
[transparentes,
y a la gente intentando desde siempre descifrarlo.
Así, sus pensamientos se suman al símbolo radiante
de modo que la simple luz
se hace misterio.

Sentencié que el mar es una proyección azul y
[abstracta
de quienes lo presencian. Y que un nombre tan noble
para un lugar tan repetido
es cuanto de admirable puede quizá concluirse.

Volví sobre mis pasos,
pisé otra vez la hierba y parecía intacta.

Supe
que podía seguir pensando
en una luz homérica y en un hado feroz,
que continuaba siendo un hombre solo
y que, por tanto, ya miraba constantemente el
[infinito.

La estación perpetua

El invierno se fue. ¿Qué habré perdido?
¿Qué desapareció, con él, de mi conciencia?

(Esta preocupación –seguramente absurda–
por conocer aquello que nos huye,
me obliga a convertir el aire frío
en pensado cristal sobre mi piel pensada,
y a convertir la gloria entristecida
de los húmedos días invernales
en la imposible luz que su concepto irradia;
esta preocupación, en fin, tiene la culpa
–y qué confuso y dulce me parece–
de que duerman en mí los árboles dormidos.)

El invierno se fue, pero nada se lleva.
Me queda siempre la estación perpetua:
mi mente repetida y sola.

La intimidad

Vine hasta aquí para escuchar la voz,
la voz que según dicen nos habla desde dentro
y endulza la verdad si la verdad
merece una degustación serena,
o la hace más amarga si es amarga,
con sólo pronunciar la negra hiel
que ha reposado intacta entre sus sílabas.
Vine hasta aquí para escuchar la voz
que no sabe, ni quiere, ni podría engañarnos.

Elegí este lugar de belleza imprevista.
(Llegué hasta él casualmente un día de abril
por el que navegaban nubes grandes,
manchas oscuras sobre el suelo, pruebas
acaso necesarias de que la luz habita
entre nosotros: esa transparencia
que olvidamos y que es, al mismo tiempo,
difícil y evidente.)

Diré por qué es tan bello este lugar:
forma un valle cerrado entre montes boscosos,
un circo escueto que circundan peñas
rojizas, donde el viento es un cuervo
delicado aunque fúnebre;
los hombres han arado su parte más profunda,
y allí crece el olivo y unos pocos almendros
y un ciprés y una acacia; las sombras del pinar
asedian desde entonces las lindes de estos campos,
su yerba luminosa, y el pedregal resiste
como un altar al sol; todo tiene una pátina
de realidad, un ansia, un prestigio remoto.

Porque creí que este silencio era
igual al de una estancia solitaria,
vine a escuchar la voz que desde dentro
nos habla de nosotros mismos. Pero
pasa el tiempo y escucho solamente
la prisa del lagarto que escapa de mi lado
y el vuelo siseante de la abeja,
no mi voz interior.

Todo es externo.

Y las palabras vienen
a mí y en mí se dicen ellas solas:
la ladera encendida bajo la nube exacta,
el bronce del lentisco,
una roca que el liquen acaricia...
Lo íntimo es el mundo. Con su callado oxígeno
sofoca sin remedio la voz que quiere hablar,
la disuelve, la absorbe.

He venido hasta aquí para escucharme
y todo lo que alienta o es presente
me ha hecho enmudecer para decirse.

Homenaje a Joan Vinyoli

Estoy bajo una encina, que es estar detenido
en un hueco del mundo donde un día, el primero,
se instalara esta sombra pensativa,
un propicio lugar desde donde rendir
el silencioso elogio de todo lo que luce,
aunque acaso
—lo aparto de mi mente, sin embargo—
propicio al mismo tiempo a la desafección.

Viene por el camino un rebaño de cabras,
poblado y polvoriento.
Lo reconozco,
pues trae a mi memoria aquel hondo poema
donde lo vi llegar por vez primera,
las mismas cabras negras y rojizas,
de tan oscuro olor,
empujándose,
tras los machos cabríos con delantal de cuero.

Como en ese poema, bajo la encina vivo
la media vida pura cuya cifra
es comer queso y beber vino, en el silencio,
con el celaje al fondo: rojo, morado y gris.

La otra media
—no lo quiero pensar, pero allí lo he leído
en palabras que juntan la claridad y el miedo—
con los dientes de un lobo la desgarró la muerte.

Con César Simón

In memoriam

Tal y como sucede en ciertos poemas suyos,
una luz invernal –su oro terrible–
entra en el cuarto.
Es la última luz
de la tarde, la hora que cae, la hora
fugaz en que los pájaros
–gorriones y estorninos–
acaban ocupando las ramas de una acacia
para ponerse a salvo de la noche que ignoran.

De forma semejante a la de ciertos poemas
suyos, aquí estoy, quieto,
mirando el cielo abstracto
escrito en mi conciencia:
leo su lejanía, medito su extensión;
su fulgor apagado me perfila
con el puro contorno
de la insistencia muda,
me fija –y no podría saberlo sin sus versos–
en la honda soledad que absuelve al mundo.

El perdón

A Pepe Moreno y Violeta Jiménez

Alguien ha muerto.
La tarde extiende al aire
una luz empapada en violeta y en gris.
Todo es calma. Las peñas corrompidas
por el viento y el líquen amarillo
tocan esa luz, dicen algo que es denso y leve
como la tarde misma.
Cantan los estorninos del otoño:
su silbido también guarda riquezas
minerales, el cuarzo oscurecido.
Y aquí, un viento igual y un líquen semejante
han podrido las lápidas entre las que camina
el cortejo. La luz en ellas se hace un sitio.
Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad,
ha dicho el sacerdote, innecesariamente.
Alguien ha muerto.
La tarde extiende al aire
su perdón infinito.

Oboe
(*Marcello*)

A Daniel

Todo lo que esperamos recorre un laberinto
hasta alcanzarnos.

En estas notas
escucho cómo llega, cansado, lento, puro.

Todo lo que sabemos
vibra aquí un instante,
dibuja un signo,
abre desde la sombra una interrogación
delicada y confusa.

Cuanto una vez acaso obedecemos
se inclina ya, sumiso, reverente.

Todo lo que tenemos se parece
a esta belleza
que toca nuestra alma
y vuelve hacia sus vastos pasadizos.

Lugar de ruiseñores

Está junto a una fuente. No es secreto.
Un barranco con zarzas, con aliagas,
con rosales silvestres, con adelfas.
Es un espacio donde el tiempo esculpe
un bronce vegetal exacto y limpio.
A ese lugar retornan por abril
los ruiseñores, y abren de inmediato
en la floresta su diálogo nocturno
sobre intactas verdades misteriosas,
en un idioma lleno de razones
que son un raro compromiso y son
al mismo tiempo hipnosis y soberbia.

No he vuelto a ese lugar. Lo guardé un día
en el firme paisaje de mi mente
donde el cielo pensado está cubriendo
la misma luz difícil, el prodigio
de la fidelidad que lo impalpable
a veces establece con lo grávido,
con lo real, con lo que el aire mueve.

Allí también puedo escuchar el canto,
la conjetura ardiente que medito.

Oda al aire quieto

A Joaquim Manuel Magalhães

Carece de perfil, nadie lo ve,
pero amasa un volumen de luz reconocible.
Es una espuma inmóvil, sin color,
un cristal que al rozar las cosas las sujeta
hasta hacer que se graben en sí mismas.

Me ha rodeado siempre
en los mudos rincones escondidos
en medio del paisaje
(burbujas de desdén contra lo abierto),
y allí, al respirarlo
 —hecha roca la roca,
fuente la fuente, nítida columna el árbol gris
y verdadera el ave—,
 allí, al respirarlo,
con un afán seguro, sin adornos,
lo real
en vez de transcurrir se ofrece al aire
de mi respiración, y el aire lo respeta
y nada se transforma.

La sorda luz del cuarto lo contiene también.
Hace que las cortinas caigan
sobre su lenta longitud; que el cuadro
hable para decir a lo visible
la palabra amarilla, el verbo ocre;
que la flor permanezca en sus pétalos secos;
que se anuncie en la lámpara su claridad futura;
que lo cerrado importe
y lo guardado tiemble.

Señalo tus dominios, aire quieto.
Nombro tus huellas para celebrarte,
a ti, puro espesor de lo presente
donde apenas estamos.

Páramos altos

*A Txema Martínez Inglés
y a Josep Maria Rodríguez*

Altos son estos páramos que cruzo,
país de la intemperie. Las sabinas,
con un pétreo porqué,
han tejido sus ramas geológicas
en conos de esmeralda que el aire ensucia y seca.
La calima me roba el horizonte,
encierra el llano abierto en la interrogación.
¿Son así, retraídos, estos árboles?
¿Es polvoriento el cardo? ¿No es de un lila inocente?
¿Es tan moroso el vuelo de las águilas? ¿No concluye?
¿Se ha apagado el charol de las cornejas?
Siempre hay calima. Siempre estamos
en la proximidad más engañosa.
Estamos lejos aunque cerca estemos.
Qué pobre mineral, qué poso tan estéril
hay en lo comprendido.
Existe un sitio adonde escapa todo.

A resguardo

(Athene noctua)

Envuelta por la luz del día que declina,
el ave de la diosa
se ha posado en silencio sobre una vieja rama.

Me oculto y me dispongo a contemplar el símbolo.

Sus ojos de nocturno azufre escrutan
oquedades, acechan la nerviosa
química de las hojas muertas,
son un veneno minucioso, una razón
que ha de caer sobre lo vivo
con qué precisa cólera.

Observo su constancia con prudente piedad.

Delicada criatura de una diosa terrible,
de ti debo cuidarme.

Me sé bien escondido en cuanto ignoro,
a resguardo
de lo que significas.

Un cerezo

A Vicente Gallego

Llegué hasta una ladera de bancales incultos
bajo el sol extenuado de la tarde.
Allí encontré un cerezo,
un pequeño cerezo que se erguía
sin labranza cercado por la nítida luz,
por esa claridad no trabajada
con la que mayo anuncia los crepúsculos.

No el blanco esplendoroso
sino un combate, una inquietud acaso,
crecía entre sus ramas:
el esfuerzo del fruto por ser fruto,
la tímida violencia de la maduración,
el ansia de alcanzar y consumirse.

El tiempo de la flor pronunció su alegato,
ya en olvido.

Un rojo humilde aún
dictaba una lección distinta: madurar
es concentrar despacio el azúcar que afirma,
cuyo arduo olor señala a lo posible.

Estuve contemplando su impasibilidad
y su modestia.
En ellas vi un cobijo para la decisión,
el ave que se posa en la raíz.

Una brisa muy leve lo tocaba,
y parecía un himno,
un canto inteligible en honor de lo denso.

Montaña al sudoeste

Si miro al sudoeste puedo verla.
Siempre está. Impasible cuando la lluvia cae,
terca bajo la luz clavada del verano.
Y es un bulto de sombra si la noche
la tiñe y la combate.

También está si yo
la olvido. Y si la pienso, está más quieta
y mucho más presente todavía.

Se levanta ante mí sin suprimirme.
Volcán perpetuo de sí misma,
sabe entregarme
el magma frío de su gravedad,
para que lo contemple.

La estoy mirando ahora, después de la tormenta,
y puedo ver los árboles lavados,
el fúlgido destello del mineral urdido
de sus rocas,
su elevación, su cumbre.

Verdecida montaña, hogar de los torrentes,
concentración de ser que desconoce
mi ser y lo limita,
mirarte me consuela.

Excluido de ti, me reconozco.

Vestigio

*“pues dejas de ser luz
para llamarte tiempo”*
F.B.

A Francisco Brines

Una luz enredada entre objetos y libros
–una luz que es la huella que ha dejado la luz–
ahora me descubre la presencia del tiempo,
su transcurso y su instante.

A mi lado, el vestigio
de la mañana ida; delante de mis ojos,
la fórmula presente de lo que ya se fue.
Hay en todo un destello, una pátina apenas;
es un barniz remoto: está diciendo algo
que ya no puede oírse.

Los muebles se resignan
(saben obedecer a lo sutil
como asienten al tacto)

y despliegan su astucia,
y bendicen la atmósfera y el orden
que así se perfeccionan.

Yo estoy formando parte
de este cuadro secreto, de estas puras pavesas,
de esta mañana ida y demorada y frágil.
Mi presencia interroga pero se hunde en el tiempo,
la arena que lo es todo y no puede escuchar.

Al rojo escaramujo

A José Saborit

Yo no puedo tener, rojo fruto de octubre,
esa fortuna tuya
que consiste en estar en la disipación
y en la presencia. Soy más simple. Soy
alguien que mira y quiere ver; tú, en cambio,
dispones en el aire tu visibilidad
o decides tu ausencia en los inmóviles
planos con que el color se esculpe en la maleza.

Te descubro de pronto al lado del camino,
y eres noble y brillante, y a contraluz,
en la ceniza de un vencido vaho, ardes.
Otras veces te busco y te has disuelto,
te has añadido al bosque de otro modo:
en su tranquilidad, silente náufrago.

Cuando eras la rosa diminuta
no me dabas
lo que me das ahora: un raro emblema
de lo que yo no soy.

Ahí estás,
en tu puro equilibrio, escarlata en la luz
y carmesí paciente en la penumbra.

Sigo mis pasos. Voy cruzando el aire
que tiñes para mí sin tú saberlo.

Mi rostro, en primer plano, abisma su mirada
en mi mirada idéntica. Tras él,
las cosas que a mi espalda son reales,
en el cristal, detrás de mí,
vacilan y se hunden:
veo la puerta en su destierro súbito,
pintada con barniz de brillo falso,
y un trozo de pared incomprensible, frágil,
y en el fondo, aturdidas,
unas últimas cosas casi ausentes
flotando en ahogada semejanza.

Al ocultarte
al otro lado de esta opacidad tan clara,
inútil torso, gris perdido,
¿en qué limbo te borras un instante?
¿Qué es este vértigo
de rostros sobre rostros y sombras sobre sombras?
¿Qué son estas miradas
que van al esplendor y en luz se enturbian?

Contemplo la belleza y soy un velo.

Imprevisto cristal, vidrio inmutable,
¿quién conoce, quién ve, quién no confunde?

La edición del número 97 de
ELS PLECS DEL MAGNÀNIM,
20 Poemas (Una selecció)
de Antonio Cabrera,
se ha estampado sobre papel Torreón,
tanto el interior como la sobrecubierta,
y con tipografía Didot para el texto.
Se terminó de imprimir
el día 25 de mayo de 2005,
en Sueca,
en los talleres de imprenta
de Lluís Palacios

